

ORACION FUNEBRE DEL ILUSTRISIMO SEÑOR DR. D. PEDRO VALERA Y XIMENEZ, DIGNISIMO ARZOBISPO METROPOLITANO DE SANTO DOMINGO, PRIMADA DE LAS INDIAS, QUE PRONUNCIO EL PBRO. DR. MANUEL GONZALEZ REGALADO, CURA Y VICARIO DE SAN FELIPE DE PUERTO PLATA, EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS QUE LE HIZO EN LA IGLESIA DE SU CARGO, EL DIA 20 DE JUNIO DE 1833 (1)

Placens Deo, factus est dilectus.  
Agradando a Dios, se grangeó el  
amor de los hombres. Sap. Cap. 4.

¿Es posible, Señores, que había yo de estar destinado, a tributar este último respeto a la memoria de nuestro piadoso e Illmo. Prelado?

Es posible, que no había de permitir el Cielo que yo fuese por tantos años testigo de su vida, mas que para proporcionarme al parecer para un tan triste y lúgubre ministerio? ¿Es posible, que habiendome visto obligado, por tantas veces a callar, por su modestia, sus alabanzas en la Cátedra Evangélica en Santo Domingo, solamente, solamente su muerte me haya de dar autoridad para publicarlas? ¿Y es posible, en fin, que el primer respeto público que yo había de tributar a su virtud, había de ser una oración fúnebre?

De este modo ¡oh Dios mío! disponéis nuestros destinos desde lo alto de vuestra sabiduría. Si señores, colocándome al lado de nuestro Illmo. Prelado, desde su ascenso al pontificado, hasta mi salida para este curato, y haciendo que desempeñara cerca de su persona, los ministerios de familiar, caudatorio, maestro de ceremonias, promotor fiscal, y confidente de sus más grandes secretos, quiso Dios que fuese testigo de su vida para que en este día publicase delante de su esposa viuda y afligida, y contase a sus hijos huérfanos las muchas virtudes del Illmo. y muy reverendísimo Sr. Dr. D. Pedro Valera y Ximenes, Dignísimo Arzobispo Metropolitano de esta Diócesis y primado de las Indias.

Triste e inconsolable memoria, que penetra tan al vivo la gratitud de mi corazón, que me dispone mas bien a llorar, que a elogiar sus cenizas! Mas ya que mi destino me pone en la precisión de renovar mi inexplicable dolor, tengo la confianza que serán sin duda vuestras lágrimas más elocuentes que mis voces: vuestras lágrimas, digo, que dejareis correr libremente por vuestras mejillas, como un ilustre testimonio de vuestra gratitud, y como un justo tributo de vuestra fidelidad por la muerte de tan digno Prelado.

Lamentable constitución humana! fallo inevitable! irrevocable sentencia! muerte terrible, que así destronas los cedros del Líbano! fatal parca!, tú nos ha robado de un golpe el gozo, la alegría, la magnificencia, el decoro, la gloria, la

(1) Santo Domingo, Imprenta Nacional, 1846. (Este opúsculo, que también contiene la relación de los funerales del Arz. Valera, escrita por el mismo P. Regalado, nos ha sido generosamente facilitado por los hermanos Lic. Leonidas y Dr. Alcides García Ll.)

subsistencia, y la esperanza de Israel: tú nos privaste, digo, en un momento de un gran Sacerdote que llenaba gloriosamente las obligaciones de Pastor de esta Iglesia, y los paternales cuidados de padre del pueblo Dominicano.

Dos reflexiones, señores, que formarán la materia de este discurso fúnebre, que dedico en honor de nuestro paisano y prelado VALERA, de este PONTIFICE hijo obediente del Altísimo, siervo digno de su misericordia, que habiendo sabido agradar a Dios, con una vida llena de raras, y grandes virtudes, se grangeó el aprecio, estimación y amor, no sólo de sus paisanos en esta Isla, sino de cuantos lo han conocido, también en otros pueblos fuera de su patria: PLACENS DEO, FACTUS EST DILECTUS.

Yo no haré mas que referiros lo que me consta de su vida preciosa, y vereis con cuanta razon, debeis sentir y llorar esta ilustre víctima, que la muerte con mano fatal, ha postrado ante su carro fúnebre, arrebatándonos a un mismo tiempo, uno de los mas brillantes ornamentos que condecoraban y honraban a nuestra desgraciada patria, y a un padre que nos consolaba y sostenia en nuestras penas y calamidades.

Oh vosotros, manes ilustres de mi muy amado Prelado, de mi muy querido protector, de mi muy venerado Señor Arzobispo! no temáis que jamás se borren de mi corazón los grandes favores que os debo! Las gracias que me hicisteis; los honores con que me distinguisteis: la confianza con que me honrasteis: y el amor que me inspirasteis con vuestras virtudes; todo esto será eterno en mi memoria, y agradecimiento, mientras viva; y aún después de mi muerte, os buscaré en esas regiones de la eternidad, para unirme con vos. Recibid, pues, como un tributo de mi gratitud, como una espresión de mi dolor, y como un deber de mi fidelidad, que voy hacer ahora a vuestras virtudes refiriéndolas a mi auditorio, en esta oración fúnebre.

#### Primera reflexión.

Quando el apostol S. Pablo describe las cualidades que debe tener un Obispo cristiano, dice a Timoteo, que este debe ser irrepreensible, sobrio, prudente, casto, caritativo, docto: que no sea violento ni perseguidor, sino modesto: que no sea litigioso ni avaro: y a Tito le dice, que el Obispo debe ser un hombre sin crimen: es decir, que no sea soberbio, ni iracundo: que no sea escrupuloso, ni ambicioso: sino humano, benigno, justo, santo, puro, y tan instruido, que



pueda conocer, abrazar, y enseñar la buena y sana doctrina. Estas son, señores, las virtudes que debe tener un Obispo, según el oráculo divino; y ved también aquí las virtudes que adornan y dan el más hermoso, variado, y brillante colorido al cuadro que os voy a dibujar, en la historia de la vida de nuestro muy amado Arzobispo VALERA, a quien lloramos en este día, ante los altares del Dios vivo, que por su misericordia lo enriqueció con tan singulares gracias.

Nació nuestro Illmo. Prelado y paisano, el Sr. VALERA, a mediados del siglo pasado, en la muy noble y muy leal Ciudad de Santo Domingo, y aunque la inocencia de las costumbres no sea siempre fruto de la piedad de nuestros mayores, ni efecto de la educación, con todo eso, es preciso confesar, que el orden de nuestro nacimiento, casi dá el primer movimiento al de nuestro destino; que con la sangre derivan regularmente nuestros padres en nosotros las impresiones de su misma inclinación; y que en el principio de vida, que de ellos recibimos, hallamos unas secretas inclinaciones, que hace que nos parezcamos a ellos. Cuando la raíz es santa (dice el Apostol) lo son también las ramas.

No busquemos, señores, pruebas de esta verdad fuera de la historia del hombre justo, que es el objeto de esta oración. Descendiente nuestro Illmo. Arzobispo de una familia en que la probidad, el honor, y la santidad circulaban con la sangre: de una familia en que el Dios de Israel, había establecido su mansión desde tiempo inmemorial, recogió todas las bendiciones de ella nuestro Prelado; su sangre era la misma que había circulado por las venas, no sólo de los muy honrados y virtuosos VALERAS, sino también de los justos y santos Betancoures, cuyas virtudes son tan conocidas, y alabadas en Santo Domingo. Su padre le enseñó desde su nacimiento los caminos del Señor con sus instrucciones, y se los manifestó con su ejemplo, y deseando completar la educación de este hijo precioso, lo entregó en el colegio de los padres Jesuitas de Santo Domingo, para que al lado de aquellos grandes y admirables hombres, se formara como lo verificó al efecto, este digno Prelado, cuya vida resplandece tanto mas a los ojos de la fe, cuando mas sepultada estuvo en la oscuridad del retiro de la oración, y de las funciones del Sacerdocio.

Las diversiones de la niñez de nuestro Ilustre Prelado, fueron ensayos para las virtudes: mezclado entre aquellos venerables padres Jesuitas, tan ejemplares como sabios, cuando todavía era incapaz el Sr. VALERA de conocer a la criatura, ya levantaba sus manos puras hacia el Criador, y le ofrecía, y dedicaba las primicias de su vida: el aprendió a consagrar su corazón al Señor en una edad, en que apenas tiene el hombre corazón para formar sus deseos; y la virtud que siempre es tardío fruto de la gracia, se anticipó en él, al uso de la razón.

Y ¿qué podía esperarse, señores, de unos principios tan felices? la serenidad del Cielo a tiempo de amanecer, podrá según la expresión

del evangelio, anunciar «tinieblas y tempestades? Nó, señores, yo no tendré que valerme en este día, de artificios, para persuadiros, a que le estimeis; y para libertar la gloria de este David, de la infancia de una muerte oscura, no tendré necesidad, como Michol de ocultarle de vuestra vista, ni de poner en su lugar un fantasma. No, señores, yo no tengo necesidad ahora de venir a escuchar sus flaquezas, porque toda su vida correspondió a la pureza de su primera edad. De lo contrario me contentaría con llorar en secreto, una muerte que me es tan sensible, sin tributar a su memoria unos elogios, que no le harían honor alguno; yo mismo ofrecería sacrificios al Altísimo, para que borrarse del libro eterno esta memoria, y en medio de serme tan amable, daría satisfacción a mi agradecimiento, sin faltar a mi ministerio.

¡Qué compostura la de nuestro Ilustre Padre en una edad, en que para parecer un hombre virtuoso y modesto, casi basta cuidar de que el vicio no se manifieste! ¡Qué inocencia, que candor, que afabilidad, y qué moderación! Que juicio, que prudencia, y que aplicación, no manifestó en su juventud! Entregado a las tareas de sus estudios, y al ejercicio de la oración, y de la piedad, con una guardia continua y vigilante, sobre sus sentidos y corazón, se le vió pasar la edad terrible de las pasiones, sin naufragar en los mares del amor, ni de la lujuria, ni del juego, ni de la embriaguez, cuidando de combatir las y domarlas en sus principios; y adquiriendo de este modo, aquel poderoso imperio sobre ellas, que después mantuvo, y conservó hasta la muerte.

O vosotros ancianos de Santo Domingo, que le visteis pasar sus primeros años, y que fuisteis testigos de la primera gloria de este templo! Vosotros, digo, contemporáneos suyos, a quienes tantas veces, os he oído elogiar las virtudes de nuestro Ilustre Prelado en su juventud, y que en prueba deciais, que ni aún se entretuvo nunca en los juegos pueriles, venid aquí a honrar sus ruinas con vuestras lágrimas, pues no hay esperanza de que se reedifique; y si algún día llega a vuestras manos este discurso que yo hago en su elogio, decid, os suplico, mis queridos paisanos, ¿se manchó jamás la santidad del Sr. VALERA con alguna cosa profana? ¿hubo nunca necesidad de escusar los desórdenes de su corazón, atribuyéndolos a debilidades de la carne, o a desgracia de la edad? Decid, os conjuro en nombre de la verdad, ¿conocisteis jamás un joven, que guardase mejor toda su vida, la angelical, difícil, y hermosa virtud de la castidad y pureza virginal, ni que viviera con más decencia, paz, compostura, retiro y honor?

No señores, os responderán todos ellos: el alma del Sr. VALERA fue un lugar de paz y tranquilidad en un tiempo en que todas las pasiones braman alrededor de ella; y como aquellos tres jóvenes hebreos, vivió entre las delicias de los babilonios, sin tocar a sus viandas, y sin embriagarse con su vino.

Con esta conducta tan irreprochable se mere-



ció, y grangeó la estimación y aprecio de sus discípulos y maestros, y de cuantos le conocían y trataban, y la fama de sus virtudes junto con su aprovechamiento, y progresos en la latinidad, retórica, filosofía, teología dogmática, mística, escolar y moral, cuyas ciencias había cursado en las grandes escuelas de los Jesuitas, le grangeó, el muy particular amor de los Canónigos de la Catedral, Capitán General y Audiencia de Santo Domingo; y el alto concepto que formaba de él la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino y el Illmo. Sr. Arzobispo D. Isidoro Rodríguez, condecorándolo la primera con los grados de Bachiller, Licenciado, y Doctor en Teología; y ordenándolo el segundo hasta de Presbítero, con el encargo de la cura de almas de Boyá y Bayaguana, que sirvió con la mayor exactitud, hasta que espontáneamente los Canónigos lo colocaron de Cura del Sagrario de la Santa Iglesia Catedral, en la que sirvió por quince años continuos.

Bien sabéis, señores, los males en la cesión de la Isla, guerras, y una multitud de calamidades que el Cielo descargó en castigo de nuestros pecados en aquella época, e hizo emigrar y expatriarse a la mayor parte de nuestros paisanos, y el Sr. VALERA fué uno de los que se encontró en la dura necesidad de dejar el patrio suelo, que aunque para todos es tan amado, lo es mucho más para los Dominicanos; porque verdaderamente no hay otro Santo Domingo fuera de esta Isla, y cuantas veces hemos tenido que salir de él, hemos llorado amargamente, en las Islas vecinas su falta, clavados los ojos siempre en el lugar donde está situado; y semejantes a los tristes Israelitas, sentados a las orillas de los ríos de Puerto Rico, Cuba, la Habana y Costafirme, colgando nuestros instrumentos de alegría de sus sauces funestos para nosotros, dábamos libre curso a nuestras lágrimas al acordarnos de la abundancia, de la confianza, de la fraternidad y unión, de la tranquilidad, alegría y candor con que vivíamos en Santo Domingo; al acordarnos del esplendor, magnificencia y gusto de las solemnidades, templos y Catedral, que dejábamos en Santo Domingo, y que no hemos encontrado, en ninguna otra parte por donde hemos rodado en nuestras emigraciones. Perdonad, señores, una digresión que nace de la verdad, y patriotismo de mi corazón y que no ha estado en mi arbitrio reprimir, al considerar a nuestro Illmo. Prelado, Sacerdote pobre, cargado de una larga familia, compuesta de una madre anciana, hermanas viudas, y sobrinos, abandonando por fuerza su patria, su Catedral, su casita, sus amigos, y cuanto tiene de dulce y amado el suelo natal, para ir a mendigar, el favor extraño, primero en Maracaibo, y de allí a la Habana, con una paciencia y resignación heroica, que le suministraban por todas partes, y en todos los lances sus muchas virtudes.

Dedicado nuestro Ilustre Prelado en la Habana, como en Santo Domingo, a agradar a Dios con el ejercicio de estas mismas, bien presto se hizo amar del Obispo Espada que lo nombró Vi-

cario de Monjas por su castidad, y de todos los vecinos de aquella Ciudad porque no podía estar oculto por mucho tiempo el buen olor que despedía de sí nuestro Ilustre Prelado. ¿Y como pudiera ser de otra suerte? El Sr. VALERA era no solo Sacerdote casto y puro, sino también hijo obediente, y ciudadano humilde, pacífico, sobrio, humano, caritativo, dulce y afable en su trato, amable, desinteresado, sin ambición, ni pretensión de ninguna especie, llano, modesto, de un candor y sencillez admirable, sin fausto, sin ostentación, ingenuo, franco, justo en una palabra; y con tales dotes un Sacerdote, es preciso que sea querido de cuantos le conocen.

Más de once años mantuvo esta general estimación de los habaneros, aumentándola cada día más, con una vida retirada del bullicio, lujo, y grandeza de aquella opulenta ciudad, y ocupado en socorrer y honrar su madre y familia, y en cumplir con los deberes de su encargo, sin descuidar de su estudio y oración, hasta que reconquistada su patria por el heroico valor de sus paisanos, sin pretenderlo, ni solicitarlo, y aun sin pensarlo, la humildad de nuestro Ilustre Prelado, fué electo Arzobispo de Santo Domingo, a donde regresó en el año de 1810 recibido en los brazos y corazones de todos sus paisanos, y entre los aplausos y señales de júbilo más tiernos y patrióticos. ¡Qué contraste, señores, entre la entrada de nuestro Ilustre Prelado y su salida de Santo Domingo!

Aquí siento, señores, enardecerse mi discurso, porque hemos llegado a la época en que por las relaciones de parentesco que me ligan con nuestro Ilustre Padre, y por su excesiva afabilidad y bondad, me encontré desde entonces, siempre a su lado, siempre en su confianza, y por consiguiente en actitud de conocer aquel hombre santo, de quien no era digno este siglo perverso, como si la providencia hubiera querido hacer de mí un testigo ocular de sus virtudes para que las publicara, en este día de luto y de llanto. ¡Ah sres.! yo me lo represento en este momento, como lo ví en Santo Domingo, con aquel rostro tan hermoso, siempre afable y sereno, siempre accesible y amoroso, dejándose ver de todos y a todas horas, y no conservando de su dignidad más privilegio que el de poder ser importunado. Me lo represento, pero ¿podré decirlo sin renovar mi grande dolor? me lo represento en medio de las familias de Santo Domingo, oculto en una amable oscuridad, gozando con sus paisanos de las dulzuras de una vida privada, familiarizando su dignidad con los fieles, sin pretender en vano respeto, con hacerse invisible, y con gozar el sólo de una dignidad que solamente fué establecida para bien de los demás fieles. Me lo represento en su Catedral asistiendo constantemente a todas las funciones de ella, compeliendo dulcemente con su presencia a todo el clero, a que no faltaran a las solemnidades. Me lo represento ¡ah dolor! en esta misma Catedral revestido con toda la magnificencia de los ornamentos pontificales, y entre la pompa de su ceremonial, que junto todo a aquel rostro tan cándido y sencillo, formaban



un contraste, y le daban una hermosura que son inesplicables; y que sólo podrán figurarse los que como yo tuvieron la dicha de verlo en aquellos días de felicidad, y que jamás se borrarán de mi memoria.

Me acuerdo ahora de aquella modestia y sencillez de sus vestidos y de todo su palacio en el que no se conoció nunca ese ceremonial molesto y fastidioso del orgullo y de la soberbia, y en el que en su lugar reinaba una decencia y aseo humilde, y un no sé como esplicarlo de confianza que se sentía desde que se pisaban sus umbrales, semejante a la que inspiraba el acercarse al dueño que lo habitaba. Y ¿os parece que para llegar a hablarle era preciso comprar con una eterna lentitud la audiencia que no suele durar más que un solo instante? ¿Hubo acaso entre él y nosotros más barrera que la del respeto y la discreción? ¿Le vimos afectar jamás aquellos sagrados ratos de retiro inventados para hacer más respetable la dignidad? Nó, señores, el contagio de las dignidades, no formó en él aquellos ojos soberbios, y aquel corazón insaciable de honores, de que habla el profeta. Contento nuestro Ilustre Prelado con merecer nuestros respetos, que nosotros le tributamos con mucho gusto, porque era digno de ellos, nunca nos los supo pedir, o por mejor decir, nunca pudo sufrirlos, vivía muy distante del engreimiento y delicadeza de los grandes, y no sólo era humilde y manso de corazón nuestro Ilustre Prelado, no sólo no exigía estas vanas adoraciones, sino que supo sufrir, con la más admirable paciencia las faltas del respeto que le debía un Eclesiástico, súbdito suyo, litigioso, a quien podía (si hubiera querido) reprimir, y hacer entrar en moderación y decencia.

Y ¿como podré yo ahora referiros la multitud de sus trabajos apostólicos? Como por las revoluciones y diferentes gobiernos que se habían sucedido en la Isla todo se había interrumpido en la Diócesis de que se le encargaba, nuestro Ilustre Prelado tenía que fundarlo, crearlo, establecerlo y arreglarlo todo. Con un celo infatigable, desde su llegada se entrega a tan penosa tarea, y se le vió en el momento reunir los Prebendados, instalar la Catedral, y reponerla en todo su antiguo esplendor: crear oficiales y oficinas para su curia: espedir órdenes, circulares, mandamientos en la Capital y Parroquias de sus Diócesis, restituyendo el orden y la disciplina por todas partes: fija edictos convocatorios a oposición, y provee de pastores los curatos vacantes: en diferentes ocasiones que celebró órdenes, crea treinta y tres Sacerdotes: administra el Sacramento de la confirmación a todas horas: distribuye sus comisiones entre los Canónigos de la Catedral con un tino admirable: cuida y vela sobre los Curas y demás Eclesiásticos: clama, ruega, insta, manda a todos la predicación de la palabra divina, la esplicación del catecismo, la residencia en las Parroquias, y el pasto Espiritual. Todo se vé reparar con rapidez bajo su dulce y amable pontificado, y nada se hace en que él no esté presente o influya; animados de su ejemplo, todos obedecen,

todos trabajan, todos cooperan a la reparación general de la Diócesis, Canónigos, Curas, Eclesiásticos y Seculares, nadie siente fatiga, ni cansancio, solamente porque tienen a la cabeza a nuestro paisano VALERA, prelado amabilísimo, que no nos gobernaba con despotismo, sino que nos guiaba con dulzura como un padre amoroso a sus tiernos hijos, y que sin perjuicio del Santo Sacrificio de la Misa, que celebró todos los días con la más grande devoción, ni del oficio divino que rezó sin falta alguna, ni de su oración asidua que comenzaba a las diez de la noche, hasta las doce que era la hora de acostarse, ni de su purificación en el tribunal de la penitencia, en el que se veía postrarse, cada ocho días por lo menos, trabajaba incesantemente por nuestro bien, y por nuestra gloria.

¡Oh vosotros Eclesiásticos, dignos colegas míos, que como yo, tuvisteis la fortuna y el honor, de ser regidos por el suave báculo del Ilustre Sr. VALERA! ahora es tiempo, que en honor de sus cenizas, publiquéis los favores, que ya en general, ya en particular recibisteis de él: ahora es el tiempo de que para acallar las injustas voces de la calumnia y maledicencia y afianzar la buena memoria de nuestro Ilmo. Prelado, publiquéis los encargos, las amonestaciones, los consejos tan prudentes, tan caritativos, tan pacíficos y cristianos que recibisteis de él, para el bien general de la Diócesis.

Esta es la ocasión en que lo debéis hacer, cuando no se podía atribuir a lisonja, ni adulación, y cuando el dejarlo de hacer, se debe graduar como una infamante ingratitud, yo el último de todos, pero el más favorecido de nuestro Ilustre Prelado, además de todo lo que llevo dicho, y que es público y notorio, puedo añadir y decir todavía, que el celo por su Iglesia, y por el bien de las almas que se le estaban confiadas, devoraba su corazón como a David; y que así me lo manifestó en muchas ocasiones, y muy particularmente cuando me encargaba de este Curato de Puerto Plata. ¡Ah que ternura la de su corazón en este momento! con los ojos bañados en lágrimas al despedirme de él en su palacio el día 6 de Agosto de 1820, y con la espresión más penetrante: "no tienen Iglesia aquellos pobres vecinos (me dijo) ni pasto espiritual; carecen de la palabra divina, y esta es una espina que atraviesa mi corazón, y que me ha quitado el sueño muchas noches: corresponde, pues, Manuel, a la confianza que he puesto en tí, y a la gracia de tu ordenación".

¡Ah si me fuera permitido leeros ahora todas sus cartas! veríase el gozo que recibió su corazón cuando recibió mi aviso oficial a los cinco meses después de mi llegada aquí, de estar ya levantando este templo, y de haberos dado principio a la predicación de la palabra divina, y celebración de nuestros augustos misterios y ceremonias: varíais su constancia en animarme, a no desmayar nunca en el cumplimiento de mis deberes: veríais aquel constante cuidado por vuestra instrucción, arreglo de costumbres, y bien espiritual y temporal, aconsejándome, advirtiéndome, mandándome que procurase abrir



escuelas, examinar vuestros hijos, y hacer cuanto estuviera de mi parte como si no tuviera nuestro Illmo. Prelado, otra cosa que cuidar de Puerto Plata, veriais como en las críticas circunstancias en que estuvimos en los años de 21 y 22, me manda prestar y enseñaros a tener obediencia al gobierno que sucedía, y a las autoridades constituidas, conforme al precepto del Evangelio y San Pablo. Lo oiriais diciéndome, que él no salía, ni permitiría que los Curas de la Diócesis salieran, porque bajo cualquier gobierno debíamos ser siempre el consuelo del pueblo con el culto de las Iglesias, y con la predicación del Evangelio: veriais que en todas sus cartas, brillan siempre la paciencia, la resignación, la paz de su alma, y la santidad de sus virtudes. Ojalá que en este día de luto y de dolor, os pudiera mover este ejemplo a vosotros mis paisanos, Eclesiásticos y Seculares, y que os resolvieseis todos a imitar a nuestro dignísimo Prelado VALERA, que no sólo llenaba gloriosamente las obligaciones de Prelado de esta Iglesia, como lo acabais de ver, sino también los paternales cuidados de padre de este pueblo Dominicano.

#### Segunda reflexión.

Ninguna otra religión, sino la de Jesu-Cristo, oyó jamás hablar de una virtud que siente sobremanera los males ajenos, que no es ambiciosa, y que atenta a las calamidades de su prójimo, se olvida voluntariamente de las propias. Este es el carácter de la caridad, o por mejor decir, el del caritativo Prelado que hemos perdido.

Persuadido de que los pastores son solamente depositarios de los bienes de la Iglesia, como de su fe, ¿con qué religión distribuyó el Sr. VALERA los muy pocos bienes de que podía disponer? Aunque estos no consistían más que en su renta que se le había señalado, percibida unas veces por la tercera parte, y cuando más por la mitad del valor de lo que tenía asignado por la escasez del Erario de Santo Domingo. Sin embargo: ¡que espectáculo se recuerda aquí a mi memoria! En una parte la viuda cubierta de luto, y de tristeza, rodeada de sus pobres hijos, recibe mensualmente un socorro que la alivia y consuela en su aflicción: por otra las vírgenes consagradas al Señor, levantan sus manos puras al Cielo, ofreciendo votos por nuestro Ilustre Prelado, que ayuda a conservar su inocencia con sus liberalidades; allá los enfermos sienten aliviarse sus dolores, con las limosnas del Arzobispo: aquí la huérfana desamparada ora por nuestro Ilustre Prelado, que la socorre como un segundo padre: por allí... pero: en que relación tan dilatada voy a empeñarme! Bastará deciros que su mayordomo tenía notas de los pobres que debían recibir por orden de nuestro Ilustre Prelado, limosnas por meses unos, otros por semanas, y una cantidad disponible para las necesidades que se presentaban diariamente. De esta manera el Sr. VALERA, era vista del ciego, pies del cojo, medicina del enfermo, comida del hambriento, vestido del

desnudo, tutor del huérfano, y consuelo de la viuda: de su persona salía siempre una virtud benéfica, que aliviaba todas las miserias: de su palacio, como de otro lugar de inocencia, salía un raudal sagrado que inundaba la tierra, y ningún indigente había que su caridad no le socorriera; y todo esto señores, sin vanidad ni ostentación, pues sus limosnas no las sabían, sino los que las recibían, o alguno de quien fuera preciso valerse para darlas.

Hasta ahora puede ser se ignore en Santo Domingo el gran socorro que hizo a los pobres de aquella ciudad, en ocasión de su consagración. La tarde que nos embarcamos para Puerto-Rico, me entregó nuestro Ilustrísimo Prelado, un cofrecito que contenía en oro el dinero que destinó para los gastos del viaje. Yo daba de aquel dinero conforme a sus órdenes, y cuando volvimos a Santo Domingo, le entregué la cuenta que había llevado de los gastos (la que no quiso su Ilustrísima ver) y el cofrecito con el dinero que había sobrado. Entonces nuestro Ilustre Prelado sacó el dinero, y me lo dió mandándome que lo distribuyese en los pobres más necesitados, y que guardara este secreto. ¡Que caridad! acaso no quedaba en Palacio con que hacer los gastos de un mes. Yo cumplí sus órdenes, guardé el secreto, hasta hoy, en que por su muerte cesa mi obligación de callarlo.

Y no os figureis señores que no empleaba en alivio de los pobres sino las inútiles reliquias de su lujo y placeres, y que sus limosnas, no eran más que el sobrante de sus pasiones. El Illmo. Sr. VALERA, supo honrar al Señor con su propia subsistencia: la frugalidad de su mesa, la modestia y llaneza de sus vestidos y de su tren tan recomendadas por los Cánones de la Iglesia, fueron los fondos de donde sacó caudales para los pobres, y su economía por hablar con el apóstol, fué la riqueza de sus pueblos. Quien podrá olvidar la modestia de su Palacio! Quien no se acordará de aquel paseo a pie, tan llano que hacía todas las tardes, a visitar el Santísimo Sacramento en algunas de sus Iglesias, y para hacer ejercicio!

Y como podré dejar de hacer mención en este momento de otros rasgos de sus celo y de su caridad. No es posible dejar de referir los socorros que hacía a su Catedral dando la cera, u otras de las cosas necesarias para muchas de sus funciones, como también a otras de las Iglesias de Santo Domingo. Son también dignos de memoria los socorros que hizo para la reparación de Iglesias, en algunas Parroquias en que habían sido incendiadas y muy particularmente a esta de Puerto-Plata a cuya reedificación contribuyó nuestro Ilustre Prelado, no tan solo con una gracia de ochenta días de indulgencia a los que contribuyeren a esta obra, sino también con cien pesos fuertes que me envió de Santo Domingo. Encargándome su modestia al mismo tiempo que no lo publicara en la cuenta que os daba yo en la misa de los Domingos de aquella época.

No es posible callar tampoco aquel gran beneficio que hizo a su Diócesis, en la educación de los jóvenes. Apenas llega de la Habana nuestro



Ilustre Prelado cuando reúne la juventud de Santo Domingo, busca Catedráticos, y convierete su mismo Palacio en un Seminario, donde se nos enseñó latinidad, retórica, filosofía y moral. El mismo se presentaba en las salas, con aquel aire familiar y afable, a presenciar las lecciones una o dos veces por día, animando a los Catedráticos, a redoblar su celo, y a los Escolares su aplicación. Se instruía de los que se distinguían, y ayudaba con libros a los pobres, a los pobres, que no tenían con que comprarlos: señalaba premios pecuniarios para los exámenes, que él mismo presidía para distribuir después sus promesas, conforme al mérito literario de cada uno.

Así señores echó nuestro Ilustrísimo Prelado los cimientos al edificio magestuoso de ilustración que algunos años después vió Santo Domingo completarse en la Universidad; y para calcular lo grande de este beneficio, obsérvese que de este seminario, plantado y regado por sus manos, salieron más de cien jóvenes sus paisanos, que se convirtieron en Sacerdotes, Doctores, Catedráticos, Abogados y Médicos, que es lo mismo que decir, que con este tan sólo beneficio dió a la Patria hijos que la honrasen y sirviesen; a la Iglesia ministros que dispensasen sus misterios a la humanidad doliente, manos que la curasen, y sacó al mismo tiempo más de cien familias de la oscuridad o de la miseria, dándole en sus hijos que se los devolvía ilustrados y condecorados, honor y socorros.

¡Oh divino Jesus! Sacerdote eterno! Príncipe de los pastores! ¡que nos queda que hacer mas que pedirnos para esta afligida Iglesia, un Pontífice como el que acaba de perder! Un Pontífice (digo) casto, paciente, irreprochable, aplicado a todo cuanto se ordena a vuestro culto y gloria y a nuestro bien y provecho; un Pontífice como el que acabamos de perder, que agradandoos a vos toda su vida, merezca ser amado de todos los que le conozcan; y que como el Ilustrísimo VALERA, llene gloriosamente las obligaciones de Pastor de esta Iglesia, y los paternales cuidados de padre del pueblo Dominicano. **Placens Deo, factus est dilectus.**

Y vos, piadoso Prelado, si en el seno de Abraham, alma caritativa, si en el seno de Abraham gozas ya el inmortal fruto de tantas obras de vida: si estás recogiendo en el Cielo las bendiciones que sembrabas acá en la tierra; mira con ojos propicios los gemidos de tu triste Iglesia. Sé siempre su esposo, y escoge tu mismo, en los tesoros eternos, un Pontífice fiel para nosotros.

¿Pero que hago señores, os estoy representando a nuestro Ilustre Prelado, gozando de la inmortalidad, sin representarlo antes en el seno de la muerte? Quisiera escusarme de esta aflicción... pero pues es preciso hagamos memoria de este triste espectáculo. Después que Dios libró la inocencia de nuestro Ilustre Prelado del puñal de un asesino asalariado por hombres amantes del desorden, que intentaron matarle en

su mismo Palacio; y después que una multitud de críticas ocurrencias, hicieron ver al Sr. VALERA, que su presencia era perjudicial en Santo Domingo, lleno del más vivo dolor, salió de su amada patria, dejando en ella sus cuidados, sus gustos y su corazón, y fué a Cuba, y de allí a la Habana, en donde fué recibido (dicen las cartas de aquella ciudad) como a un Príncipe de la Iglesia, y por la muerte del Sr. Espada, acaecida después de su llegada, fué colocado en la silla Episcopal vacante.

Se presenta en la Habana el azote terrible con que el Cielo está castigando la tierra, el Cólera Morbus, quiero decir, y desplegando sobre aquellos afligidos habitantes todo su rabioso furor, mueren hasta setecientas personas por día. El 19 de Marzo día aciago y fatal para nosotros; el 19 de Marzo, día de luto y dolor para los Dominicanos; el día 19 de Marzo, día escrito en los eternos e irrevocables decretos de la providencia: el 19 de Marzo a las tres de la mañana, se presentan los primeros síntomas de enfermedad en nuestro ilustre Prelado, que tranquilo y resignado vé agravarse por instantes su mal y acercarse su fin con rapidez; no obstante su robusta y sana complexión: la enfermedad se agrava, y en trece horas de cama, la muerte que no distingue entre sus víctimas, descarga su cruel golpe sobre nuestro Ilustrísimo Patriarca, y a las cuatro de la tarde del mismo día 19 muere nuestro amado, muere nuestro digno, muere nuestro justo... justo Arzobispo D. PEDRO VALERA Y XIMENES, a los 76 años de su edad y 23 de su glorioso Pontificado; muere, pero no en mi corazón!

Que más os diré señores! que de este modo desaparece repentinamente la figura de este mundo que nada es estable en él, y que la muerte es cierta e inevitable a todos los hombres.

Pagad, señores, antes que llegue la vuestra, el justo tributo de admiración y aprecio que debéis a las virtudes de nuestro paisano y Dignísimo Prelado. Paguemos el justo tributo de vuestras lágrimas a tan amable Pastor; lloremos porque perdemos en él el ornamento de nuestra patria, el más celoso sostén de nuestra Iglesia, y el padre de los pobres: lloremos lágrimas de dolor y de amargura, por la orfandad en que quedamos; y lloremos en fin, para que el Señor purifique su alma de las pequeñas manchas que pueda haber contraído en este mundo de iniquidad y de corrupción, en el que como dice David, aún el justo cae siete veces al día.

Digamos todos, en fin, con un sentimiento de gratitud y de dolor. Derramad Dios de las misericordias, el Cáliz lleno de la sangre de vuestro unigénito hijo que os hemos presentado en el sacrificio que en este día ofrecemos por nuestro Ilustrísimo Prelado, derrámalo sobre su alma para que quede purificada, y descanse en paz, por una eternidad en vuestra gloria. **Requiem eternam dona ei domine, requiescat in pace. Amen.**

